

Este modesto trabajo no pretende agotar el tema que le da el título. Trata simplemente de resumir algunas ideas y experiencias del autor, que podrán contribuir para orientar en más de un sentido a quien se disponga, por compromiso o vocación, a ingresar en el mundo del campesino.

Para identificarse con ese mundo, conocerlo y captar su esencia tanto el educador social o concientizador, como el político encontrarán en las páginas siguientes los recursos que consideramos más adecuados a la consecución de tal objetivo.

Conviene dejar bien claro que estos recursos no fueron descubiertos en un gabinete de estudio, ni tampoco sugeridos o imaginados por terceros. Cada uno de ellos aparece en su propio tiempo, nace de una necesidad, de una experiencia concreta, razón por la cual su uso se cierna a una realidad concreta.

Equiparar cualesquiera de esos recursos a un azadón, por ejemplo, no constituye una imagen fuera de propósito. Así como con el azadón se cava la tierra que recibirá la semilla, así se llega a la conciencia del

campesino, a su tierra íntima, por así decir, depositando allí el germen de una idea que, bien cuidada, dará buenos frutos.

Quien se tome la molestia de leer este trabajo notará la ausencia absoluta de citas. Referencias a autores existen, pero son tan escasas que las contaríamos con los dedos de una mano. Al proceder así, el autor no pretende en absoluto ocupar el lugar de los que trataron, teórica y prácticamente, la cuestión campesina, sino tan sólo entregar su propia contribución, limitada y concreta, con el afán de que pueda servir de ejemplo y estímulo a nuevas experiencias más o menos parecidas.

No descartamos, entretanto, la posibilidad de que, si nos ayuda el ingenio y el arte, como dice el poeta, y el tiempo nos favorece, nos entreguemos a la elaboración de un trabajo más extenso, en el que intentaríamos resumir y comentar las valiosas aportaciones teóricas que sobre la ideología campesina nos legaron pensadores de la categoría de Marx, Engels, Lenin, Kautsky, Gramsci, Mao, Mariátegui, Freire, entre otros.

CONCIENCIA SOCIAL

E

IDEOLOGIA CAMPESINA

por Francisco Julião



Campesino: cómo se define

Comenzaremos por definir lo que es un campesino. Cualquier diccionario diría que es el hombre que vive en el campo o allí trabaja. Pero vivir en el campo o trabajar, por sí solo, no es ser campesino. El latifundista vive la mayor parte de su vida en el campo y no puede ser definido como un campesino. Más aún, el latifundista también trabaja la tierra, la cultiva en forma extensiva o intensiva, mas no por eso debe ser considerado un campesino. De donde se deduce que no basta poseer la tierra, vivir en ella, o trabajarla para adquirir la calidad y la condición de campesino. Posea o no la tierra en cantidad insuficiente, suficiente o más que suficiente para vivir en ella, lo que distingue al campesino del latifundista y lo define como tal, es que el latifundista trabaja la tierra con manos ajenas, mientras que el campesino lo hace con sus propias manos. Quiere decir que para caracterizar y correctamente definir al campesino existe una condición imprescindible, **sine qua non**, que es la de trabajar la tierra con sus propias manos.

Si un ejidatario, por ejemplo, en lugar de cultivar él mismo la parcela que le pertenece, la renta o se dedica a otra actividad, como servir de intermediario entre los demás campesinos y el mercado, ese ejidatario pierde aquella calidad. Lo mismo sucede con un pequeño propietario. También deja de ser campesino quien en lugar de cultivar la propia tierra o la que alquila, prefiere vender su fuerza de trabajo a un tercero. El campesino que toma este camino adquiere otro **status** que es el de asalariado agrícola. Frecuentemente constatamos que el campesino asume durante ciertos meses del año la condición de asalariado, vendiendo su fuerza de trabajo en el propio lugar o municipio donde vive, cuando no se ve forzado a emigrar a otras regiones. En el Estado de Morelos, por ejemplo, durante el corte de caña, son miles los campesinos que se entregan a esa faena, provenientes, sobretodo, de los Estados de Oaxaca y Guerrero. Ese cam-

bio indica que la situación del campesino tiende a modificarse cada vez más, como consecuencia lógica de la creciente penetración del capitalismo en el campo.

Al tratar de definir al campesino, nuestro objetivo no es solamente diferenciarlo de los otros estratos sociales que viven en el campo y ahí trabajan, sino poder caracterizar mejor su modo de ser y su conducta.

El concientizador y el campesino

Como la relación entre el campesino y la tierra es la más estrecha, más constante y más activa, puesto que vive en función de ella, conviene antes de pasar a otro orden de consideraciones, no perder de vista esa relación para comprender el mundo del campesino, captar su conciencia, identificar su ideología.

No basta que el concientizador aplique con el mayor entusiasmo los conocimientos teóricos y prácticos que haya adquirido sobre el campesino a fin de obtener los resultados pretendidos. La práctica, más que la teoría, es la que debe dictar la conducta del educador en su encuentro con el campesino. La realidad concreta vivida por el campesino enseña al educador el camino a seguir para establecer con él la identidad necesaria y alcanzar lo que se propone.

Si el educador no adquiere plena conciencia de la relación a que nos referimos, su acción se verá limitada y no alcanzará la confianza y, por consiguiente, la predisposición del campesino a recibir los datos, las informaciones y los conocimientos que se buscan transmitir. Esto es de vital importancia.

Es que el educador, aunque haya pasado gran parte de su existencia en el campo, sufre una distorsión cuando se traslada a la ciudad y recibe ahí el impacto de otra cultura, adquiere otros valores, asimila una nueva concepción del mundo y de la vida. El retorno al campo exige, por lo tanto, una adaptación necesaria, a fin de que las dos culturas -la campesina y la urbana- entren en choque, sino que, poco a poco se integren. El educador no debe imponer los

valores urbanos a la cultura campesina. Eso no es correcto desde el punto de vista pedagógico y humano. Hasta el obrero descalificado y marginalizado en las ciudades perdidas, también llamadas favelas, mocambos, barriadas, palafitas, callampas, etc, sufre el choque de la ciudad propiamente dicha, ya que también existe una cultura del **lumpen**. Ese choque se acentúa en relación al campo por ser un mundo más cerrado y resistente a la influencia urbana.

La legalidad como desafío al educador

Comencemos por considerar una cuestión de real importancia para ayudar a establecer una relación adecuada entre el concientizador y el campesino. Nos referimos al problema de la legalidad que más adelante trataremos en forma específica.

Como nadie debe ignorar, particularmente cuando se asume la función de educar, de instruir, de promover una conciencia crítica entre los campesinos, la legalidad en nuestros países subdesarrollados pasa por un proceso de desdoblamiento y superposición. El fenómeno encuentra su explicación en el hecho concreto, palpable, de que, en extensas áreas de nuestro continente, aún no se implantaron, a pesar de haber transcurrido más de un siglo, desde su victoria, las leyes impuestas por la revolución burguesa. Esa revolución abolió la servidumbre, liquidó el feudalismo, erigió la libre iniciativa como su eje central pero también fijó el salario como retribución del trabajo. Sin embargo, sólo una de esas instituciones funciona en la práctica, el juego de cartas marcadas de la libre iniciativa que es un corolario, un derivativo, una consecuencia del principio consagrado por la propiedad privada. Tan fuerte es la estructura del castillo burgués, tan ancho es el puente levadizo que lo separa de la sociedad donde permanece implantado, que aún en las ciudades, en los centros industriales, el salario sufre el efecto de su sobrevivencia. Nos referimos al salario abso-

lutamente necesario que es el mínimo, lo que se debía pagar y no se paga sino en forma irregular a los obreros que representan a la casi totalidad de la masa trabajadora. Ahora, si esa violación a una de las leyes que costó ríos de sangre, aún subsiste, como una fiebre intermitente transmitida por el feudalismo, en los centros industriales donde la vigilancia es mayor porque mayor es la concentración y la organización de los asalariados, ¿qué decir sobre el campo, con las masas feudalizadas y semifeudalizadas, bajo el control estricto de los caciques y hacendados que no solamente resisten sino que ejercen una ofensiva permanente contra los cambios sociales?

Como respuesta a esta pregunta se crea en la conciencia del campesino un respeto derivado del temor por esa legalidad que acaba constituyendo un reflejo condicionado. Aunque en el caso específico de México ese condicionamiento haya sido abruptamente roto en 1910 por la rebelión campesina de Zapata, es curioso observar que para alcanzar ese estado de convulsión social el Caudillo de Morelos no se alejó un milímetro de la legalidad, ya que usó como instrumento propulsor de la violencia armada el reconocimiento de los títulos de las comunidades indígenas conferidos por el Virreinato. Es bien posible que si el dictador Porfirio Díaz hubiese impuesto a los hacendados de Morelos el respeto a esos títulos, Zapata no habría existido como caudillo ni como figura histórica.

A pesar de la revolución de 1910, que marcó una nueva etapa en la historia del pueblo mexicano, muchas reminiscencias del feudalismo lograron subsistir, porque no es fácil eliminar de un sistema las herencias del pasado. La legalidad no codificada, por eso, subsiste. Y no solamente subsiste en la práctica diaria sino también en la conciencia de millones de campesinos y asalariados agrícolas.

La gran y urgente tarea del educador consiste en barrer de esa conciencia el apego a todo y cualquier resquicio de legislación consuetudinaria y

antihistórica que condiciona al campesino, al obrero agrícola y a muchos sectores de la clase obrera industrial. Pero para eliminar esa legalidad no hay que rechazarla de plano sino aceptarla como principio de argumento, como un **status** impuesto por el atraso histórico tolerado por el sistema. Esa legalidad no se elimina por sí misma, sino ofreciendo otra legalidad, la constitucional, codificada, que es una opción válida para el campesinado y todo el pueblo, en la medida en que se organice y tome conciencia de sí mismo, de su realidad.

Aquí está lo más excitante y, sin duda, el mayor desafío al educador en general y, en especial, al que asume la tarea de desarrollar la conciencia del campesino a fin de dotarlo de mejores condiciones para la conquista de la justicia social.

El campesino y el obrero. Distintas realidades

Antes de abundar al tema central de este trabajo, conviene analizar, aunque sumariamente, no solamente lo que distingue y separa a un campesino de un obrero, sino también que métodos son o no adecuados para trabajar la conciencia de quien aquí nos interesa más de cerca.

Como ya afirmamos, la relación del campesino se da directamente con la tierra, pues es en torno a ella que gira, como un minúsculo satélite, toda su existencia. El obrero, a su vez, se vincula a la fábrica donde vende su fuerza de trabajo por una cierta cuantía de dinero.

Mientras el campesino se liga a la tierra como una planta que, por así decir, se mueve para un lado y para el otro, en una faena que depende de una serie de factores ajenos a su voluntad (clima, fenómenos meteorológicos, calidad y ubicación del suelo, etc.), el obrero se ubica dentro de la fábrica y ahí permanece cumpliendo una tarea fija, monótona, repetitiva, de acuerdo con su aptitud y especialidad, y por ese trabajo recibe un salario.

El campesino necesita poseer los instrumentos para labrar la tierra (azadón, arado, tractor, yunta de bueyes o de



caballos, etc.) y aún así debe esperar por el tiempo propicio a fin de lanzar la semilla que compró a otro campesino más afortunado o en el mercado más cercano si no logró seleccionarla de su propia cosecha. Una vez ejecutadas todas las operaciones propias de la labranza, el campesino depende aún de los factores a que ya nos referimos, antes de poder cosechar el fruto de su trabajo.

Su espera exige meses, si cultiva, por ejemplo, los cereales, o años, si se dedica a la fruticultura. Los cálculos para él nunca son exactos. Aún la agricultura cuando alcanza un alto grado de desarrollo y dispone de una técnica avanzada, aún así, todo se puede venir abajo, como consecuencia de una sequía prolongada, del exceso de lluvia o de una repentina helada. Todos estos factores influyen de modo decisivo en la forma de pensar del campesino. En su conciencia. En su filosofía de la vida.

Con el obrero el panorama es bien distinto. Una vez contratado por el patrón, quien va a condicionar su existencia es la máquina. Entre el obrero y la máquina se establece una relación de dependencia tal que el primero se vincula a la segunda como si fuera una de

sus piezas. Pero sea cual sea la modalidad de su contrato de trabajo, por un determinado número de horas de actividad laboral o por una cierta cantidad de piezas producidas, el obrero sabe que al final de la jornada, tiene un salario asegurado. No le preocupa el tiempo, si llueve o si hay sol, ni si la materia prima que la máquina debe transformar con su participación, se origina en el interior del país o es importada del exterior, como su mente tampoco se distrae con el problema del financiamiento para la adquisición de esa materia prima y de la colocación en el mercado del producto elaborado. Su preocupación central es el salario. Alrededor de éste gira su existencia. Esta depende de aquél en forma tan crucial que su oscilación para más o para menos es quien determina su comportamiento, su manera de ser.

Hechas esas consideraciones sumarias, podemos observar que si al campesino le fallan aquellos factores ya citados, ajenos casi todos a su voluntad, su conformismo se torna más sombrío, su individualismo más exacerbado, se encierra más en sí mismo y se transfiere a una identidad abstracta e inalcanzable su

desdicha. Es un ser impotente. Emigra, si puede. Si no, se abriga en su propia miseria. La búsqueda de solidaridad con otros campesinos afectados por la misma fatalidad es improbable. No se encuentra predispuesto a romper el individualismo recalcitrante. Y espera el buen tiempo que ha de venir.

El obrero reacciona de manera absolutamente opuesta. Como la fábrica, por más que individualice la actividad de cada obrero, une a todos ellos en torno a la producción, formando un conjunto, creando una totalidad, nace de ahí un inevitable sentimiento de solidaridad. El interés común que es el salario genera ese sentimiento. Así, si el salario decrece porque existe exceso de producción, falta de materia prima o escasez de mercado, o si el encarecimiento de los artículos de subsistencia provocados por la inflación reduce el poder adquisitivo de su salario, el obrero no se inmoviliza ni espera. Convoca a los demás obreros igualmente afectados por ese fenómeno tan frecuente en los sistemas de mercado competitivo y exige el aumento del salario. La huelga es el arma de que se dispone, en última instancia, cuando fallan las negociaciones con el patrón.

Instrumento propio de la clase obrera, resultado de luchas heroicas y prolongadas, la huelga no despierta el interés del campesino que, según observamos, no se confunde con el asalariado agrícola, exactamente porque no tiene con los demás campesinos un elemento tan poderoso como el salario para vincularlos. El problema, como ya hicimos ver, es el interés inmediato. El campesino se aísla en virtud de su relación directa con la tierra, con los instrumentos de trabajo, con la semilla, con los fenómenos propios de la naturaleza de la que depende. Si la agricultura que practica es de subsistencia y nada más, su dependencia a la tierra se hace más fuerte y, por consiguiente, también su aislamiento del resto del mundo.

Para encontrar otra categoría o clase social que pudiera identificarse con la que forma el campesino debemos fijarnos en el artesano que no obstante vivir en un estadio

más avanzado conserva mucho en común con aquél. Con la materia prima, los instrumentos de trabajo y el conocimiento práctico, el artesano puede perfectamente aislarse en su modesto taller y laborar por su propia cuenta. Su individualismo se acentúa en la medida en que encuentra competidor dentro de su rama y especialidad. Así como para comprender ese aislamiento y ese individualismo del artesano fué necesaria una revolución, la revolución industrial, se necesita una transformación agrícola para transformar al campesino en un ser colectivista. Mientras tanto, debemos seguir trabajando su conciencia con el mismo afán con que él trabaja la tierra. Mas, ¿cómo trabajar esa conciencia? Es lo que a continuación intentaremos señalar.

La conciencia ingenua del campesino

Al calificar de ingenua la conciencia del campesino no tomamos ese adjetivo en su sentido liberal, como sinónimo de simple, inocente en estado natural. Eso sería negarle al campesino la malicia que no le falta o la astucia con que se mueve en el medio ambiente en que vive. Podríamos dar una infinidad de ejemplos para mostrar esa malicia y esa astucia. Recordemos, de paso, uno de esos ejemplos de malicia pues en cuanto a la astucia, el campesino la ejerce en cada acto de su vida, desde cuando inventa la mejor manera de sorprender al caballo o al buey para unirlos al arado hasta cuando adopta un lenjuaje onomatopéyico destinado a atraer la caza que pretende abatir.

Hubo un tiempo en que la liga campesina que apareció en el Nordeste brasileño a partir del año de 1955, comenzó a despertar la atención y el interés de mucha gente de la ciudad. No faltaba, entre los estudiantes de ideas avanzadas y los profesionales recién salidos de la universidad, (médicos, agrónomos, abogados, etc) quien nos manifestase la decisión de ir al campo a ofrecer sus conocimientos y entregarse incluso a un trabajo físico. No eran pocos los que, en su afán, trataban de imitar a los campesinos, usan-

do la misma vestimenta, el mismo sombrero y las mismas alpagatas. Sin la experiencia en el manejo de los instrumentos de trabajo, (azadón, hoz, etc.) esos abnegados estudiantes y profesionales los tomaban con sus manos finas que, en pocas horas, se llenaban de ampollas y sangraban. Era válida la intención pero el entusiasmo no duraba mucho. Como esa ayuda voluntaria, fraternal y desinteresada se daba, frecuentemente, en los fines de semana, en una especie de **week-end** revolucionario, todos sin excepción acababan desistiendo de la empresa, aunque seguían exhibiendo con orgullo los callos obtenidos en aquellas jornadas. El campesino observaba todo esto con su mirada aguda, su sonrisa plácida y una u otra palabra discreta, pulida, en que la malicia repuntaba, inevitable. Las observaciones que despertaban en el campesinado esas manifestaciones de solidaridad llenarían muchas páginas que no viene al caso transcribir aquí.

Además quien quiera repetir la experiencia, revistiéndose de antemano, de espíritu crítico, no tendrá la mínima dificultad de constatar lo que no fue dado observar en la región donde durante largos años nos entregamos, como simple abogado, a la tarea de defender campesinos junto a los tribunales de justicia y también ante los órganos del poder político.

Para definir el estado de conciencia en que vive el campesino tenemos que señalar los límites en que éste se mueve dentro del sistema. Tanto más ingenua es su conciencia cuanto más estrechos son los límites creados por la legalidad preexistente. No pudiendo por sí solo romper esa legalidad el campesino se condiciona. Ese condicionamiento lo conduce, forzosamente, a la pasividad, a la desconfianza, a la impotencia. Su individualismo se cristaliza. Así, encerrado en sí mismo no busca al compañero de desdicha porque lo ve y lo sabe tan desamparado como él. El espacio que lo separa de ese compañero le parece tan grande que parece caminar en otra dirección, al encuentro de quien lo proteja y lo defienda. Va di-

rectamente a la casa del cacique local que le dicta las condiciones para mantenerlo bajo su amparo: respetar la legalidad del propio cacique, igualdad que se aplica en forma más rigurosa que la que impone el sistema; no faltar a los compromisos asumidos con el protector; y demostrarle fidelidad en todos los sentidos. Esas son las reglas de un verticalismo monótono, que lo conducen inevitablemente, a la dependencia, al servilismo, a la entrega de una parte o de toda la cosecha pagada a un precio inferior al del mercado hasta llegar a la enajenación de su propia parcela de tierra. **Mutatis mutandi** esa es la norma prevaleciente donde quiera que el campesino permanezca en ese estado de conciencia ingenua.

Para salir de ese estado de conciencia ingenua hacia el de conciencia crítica, es decir, conciencia de sí mismo, para ubicarse dentro de la realidad político-social de la que se mantiene alienado, el campesino debiera de recorrer un largo camino y vencer una infinidad de prejuicios acumulados durante generaciones. La función del concientizador es tanto más difícil cuanto menos se encuentre preparado para enfrentar ese modo de ser del campesino. No nos referimos, por supuesto al acervo de conocimientos teóricos, científicos y técnicos que el concientizador puede ofrecer, con la mejor disposición de ánimo, al campesino. Nos referimos, más bien, al dominio práctico de los instrumentos que deben ser utilizados para ir transformando la realidad mantenida por la legalidad del sistema en otra realidad en la que se concrete la liberación total del campesino.

Una experiencia vivida en México

Antes de explicar en forma más o menos detallada qué instrumentos consideramos adecuados para lograr la transformación de la conciencia ingenua del campesino en conciencia crítica, quisiéramos relatar una experiencia vivida aquí en México. Experiencia mediante la cual pudimos aquilatar el grado de alienación y dependencia en que permanece, después de

tantos años de revolución, una impresionante mayoría del campesino mexicano.

Hace unos pocos años, un grupo de agrónomos ligados al Plan Puebla, nos invitó a transmitirles nuestras experiencias prácticas que, en el terreno de la concientización, la organización y la unión, desarrollamos durante casi dos décadas, junto a los campesinos del Nordeste brasileño.

Ya para culminar el curso acompañamos a los agrónomos y sus auxiliares inmediatos a algunos de los ejidos considerados dentro del programa de asistencia del plan, a fin de observar *in situ* la conducta de los ejidatarios y evaluar el trabajo práctico en ejecución. El diálogo sostenido entre los agrónomos y los ejidatarios giraba en torno del cultivo del maíz, meta fundamental del plan. En el curso de ese diálogo, pudimos observar en los agrónomos una tendencia en el sentido de realizar los métodos más adelantados para obtener un mejor rendimiento de la cosecha del maíz. A su vez, los ejidatarios aceptaban esos métodos sin discusión, excepto uno de ellos que se aferró tenazmente a la manera tradicional del cultivo de la tierra. Comparando el maíz extraído de una milpa sin abono con el de la milpa anexa donde se había aplicado el abono químico, fácilmente se constataba que la última tenía las mazorcas más desarrolladas y el talló más vigoroso. El ejidatario tradicionalista ofreció un argumento que nos pareció válido: si la tierra es buena y las lluvias son regulares, la aplicación del abono químico influye muy poco en el cultivo de temporal, con la desventaja de que, con el paso de los años, la tierra se esteriliza, eso, sin considerar el encarecimiento creciente del abono.

A esa altura del diálogo pedimos intervenir. Habíamos observado la existencia de dos elementos básicos suficientes para justificar nuestra intervención: 1) siendo la tierra donde estábamos de buena calidad, la maleza que allí brotaba, vigorosa y abundante, se prestaba admirablemente bien para ser procesada y reducida a abono; 2) Todos los ejidatarios disponían, unos más otros menos, de un

corral con algunas cabezas de ganado. Tomando esos datos en cuenta argumentamos: a) que no entendíamos por qué adquirir abono químico para aquella tierra cuando allí mismo se reunían los elementos ideales, el vegetal y el animal, para la fabricación de abono orgánico y natural que se integraba perfectamente bien a la tierra no contribuyendo en forma alguna a su esterilización; b) que aplicar abono químico en una tierra sin conocer previamente, a través de análisis de laboratorio, si esa tierra estaba en condiciones de recibir aquel abono, era un riesgo que no valía la pena correr; c) que el abono fabricado con la materia prima allí existente en abundancia no solamente daba para las necesidades de los ejidos locales sino que se podrían vender las sobras a otros ejidos menos afortunados y por un precio inferior al del abono químico; d) finalmente, que la venta del excedente de eso abono constituiría una fuente de ingreso más para los ejidos locales y no solamente eso sino que significaba también una valiosa aportación a la economía de divisas tan necesaria a la emancipación económica del país, ya que el abono químico es uno de los muchos productos que elaborados o controlados por el capital transnacional, sirve exclusivamente o principalmente a este capital.

Aunque nuestra intervención hubiese obtenido un eco favorable constatamos con cierto desaliento que los ejidatarios no demuestraban el ánimo de fabricar, en las condiciones ya referidas, su propio abono. Y la razón o sin razón de su ausencia de ánimo descansaba en dos factores de difícil erradicación: el aferrado individualismo del campesino-ejidatario que se resiste a destinar entre ellos mismos un área capaz de abrigar todo el ganado allí existente, o sea, a colectivizar esa rama de actividad, a fin de centralizar la cosecha del abono; 2) el hábito bastante arraigado en el ejidatario de esperar por la iniciativa del gobierno que, a través de los órganos competentes, le proporciona el crédito, los medios de transporte y otros beneficios, con las fa-

llas y omisiones bien conocidas.

Horas más tarde, se nos ofreció otra oportunidad de comprobar el lamentable estado de conciencia que aún prevalece entre los ejidatarios que visitamos y que ya deberían figurar como columnas avanzadas del campesinado mexicano, considerando el privilegio de estar siendo asistidos y orientados por jóvenes agrónomos con ideas revolucionarias. Pues también nos fue dado constatar esto.

La comuna de Tachai

En un galpón improvisado como sala de cine, fue exhibida la película china "La Comuna de Tachai", que estuvo muy en boga, en aquellos tiempos. El presidente Luis Echeverría acababa de visitar china popular y no escondía su entusiasmo por lo que había observado en aquella república, sobre todo en el campo. Terminada la exhibición salimos al patio exterior para comentar la película. Los ejidatarios se encontraban vivamente impresionados mas la tónica prevaleciente en sus comentarios fue la de que el campesino de Tachai disponía de máquinas para todo: preparar la tierra, sembrar, cosechar, desgranar, almacenar y conducir al mercado los granos y frutos obtenidos. En resumen: lo que había sido la culminación de un largo proceso, de una lucha tenaz para restaurar la tierra erosionada y estéril, remover los obstáculos, construir pequeñas represas, plantar árboles destinados a proteger los cereales de los vientos más veloces, tanto como presenciar la aniquilación de todo ese admirable trabajo de años en una sola noche de imprevisto y violento temporal, evaluar la magnitud del desastre, analizar las fallas, para, inmediatamente, recomenzar con más ánimos y experiencia enriquecida la misma faena, hasta lograr lo que, finalmente, vino a constituir un modelo de comuna, nada de eso había impactado a aquellos ejidatarios tanto como la presencia de las máquinas. Esa presencia, traducida en otras palabras, significaba la protección del gobierno. El paternalismo, en suma.

De las manos del campesino a la conciencia crítica

Fue, entonces, que intervinimos una vez más en los siguientes terminos: "Ustedes deben de haber observado que la película comienza proyectando durante mas de un minuto dos manos abiertas que van creciendo en la pantalla, rudas y silenciosas. Para nosotros, esas manos expresan tres cosas bien concretas sin las cuales no existiría la comuna de Tachai: la unión, el trabajo y la máquina. Cuando los campesinos de Tachai comenzaron a trabajar esa tierra hasta transformar su aridez en un vergel, los principales instrumentos a fin de realizar ese milagro fueron sus propias manos. Fueron y nunca dejaron ni dejarán de ser. En Tachai o en cualquier otro lugar del mundo. Y no solamente en el campo sino también en la fábrica, en la oficina, en el laboratorio, en el vehículo que nos transporta, en la redacción de un periódico, en la celda de un monje, donde quiera que el hombre viva. En el campo más que en cualquier otro sitio las manos se hacen absolutamente indispensables. Sin ellas la tierra

permanece virgen y estéril para el hombre. Ninguna máquina, por más avanzada que sea, puede substituir a las manos. Cuando mucho, la máquina funciona como su prolongación. El trabajo está tan entrañablemente ligado a las manos que no se concibe sin ellas. Mas no solamente eso. Las manos son la imagen concreta de la unidad. Con los dedos apretamos el mango del azadón o el volante del tractor. Y cada vez que apretamos esos instrumentos de trabajo los dedos se unen sin que logremos separarlos. La comuna de Tachai es eso: Una mano cerrada que trabaja. Un ejido debe ser la misma cosa. Si ustedes se disponen a imitar a las propias manos conseguirán, primero, la unidad que es la base de todo en cualquier organización, en seguida, el trabajo, que para rendir más debe ser colectivo y finalmente, la máquina, que fue fabricada por las manos para multiplicar su capacidad y eficiencia".

Con el relato que acabamos de hacer quisimos colocar en primer plano y como principal instrumento para trabajar la conciencia del campesino, sus propias manos. El educador social no debe perder de vista ese instrumento, las ma-



nos, para acercarse al campesino y transmitir su mensaje. Extenderle las manos, en una actitud cordial, sentir los callos, la dureza de la palma y de los dedos de las manos de un campesino es una buena introducción para empezar una clase, una charla o una simple plática, como se dice aquí en México. Poner la mano en la conciencia, expresión que se traduce como reflexionar, merece ser revalorizada, no a través de la repetición frecuente, sino demostrando con ejemplos concretos la relación tan estrecha que existe entre la mano y la conciencia.

Legalidad y conciencia crítica

Pasemos, ahora, a mencionar y analizar otros instrumentos necesarios para trabajar la conciencia del campesino. Como estamos transmitiendo una larga vivencia con las masas campesinas atrasadas de una de las regiones más pobres de nuestro continente, el Nordeste de Brasil, y tomando como regla general que el campesino es el mismo o casi el mismo, en todas partes, dada su relación directa con la tierra, su conservadurismo, su conformismo, su resistencia a los cambios, comencemos por considerar su apego a la legalidad predominante. ¿Por qué el campesino es tan legalista si la legalidad que lo envuelve sólo tiende a oprimirlo, a condicionarlo dentro del sistema? La respuesta es simple: porque se aísla, se confina en sí mismo, extremando su individualismo a tal punto que llega a dialogar más fácilmente con el animal de tracción que con otro campesino. **Martin Fierro** daba prioridad a su caballo y no a la mujer con quien vivía. Esas características del campesino lo conducen a la aceptación pasiva de la legalidad. Se siente impotente ante ella como si fuese una fuerza de la naturaleza, inmutable, inamovible, inevitable.

¿Cómo romper su desconfianza, su reserva, su conformismo, su estado de impotencia al enfrentarse con la legalidad? Nuestra respuesta es: usar la propia legalidad como instrumento de concientización.

Para eso debemos, en primer lugar, conocer bien la legislación codificada, comenzando, naturalmente, por la constitución, la Ley mayor que domina y prevalece sobre todas las demás. Bien sabemos que la constituciones siempre emanan de una revolución. O casi siempre. Es la regla. La excepción consiste en transplantar de otra sociedad donde se verificó una revolución el texto constitucional emergente, tratando de adaptarlo en lo posible a la sociedad que se pretende reformar o transformar sin violencia. Una sociedad que dispone de la fuerza suficiente para realizar esa hazaña sin recurrir a la violencia armada ya contiene en sí misma los gérmenes de la revolución.

Ahora bien, la ley codificada nunca abarca toda la realidad de un pueblo, por más sabio que sea el legislador. Y lo que abarca no siempre se aplica, porque se estanca, se paraliza como consecuencia de los intereses creados. El campesino, como la parte más atrasada de la sociedad, se torna por eso mismo, más vulnerable y, como tal, presa fácil de las manipulaciones de la ley.

El concientizador dispone de muchos recursos dentro de la legalidad que no se aplica a fin de poder entrometerse en la conciencia legalista del campesino. Es así que se rompe la legalidad con la propia legalidad. Un recurso, por lo tanto, dialéctico.

Ejemplo. La constitución dice y lo repiten los códigos que de ella derivan: "Todos son iguales ante la ley". Así debía ser mas así no es, como lo demuestra la práctica cotidiana. Inculcar ese principio entre los campesinos, enseñarles a memorizar el artículo de la constitución que define ese principio y relacionarlo con otras disposiciones equivalentes de los códigos afines, es el primer paso y un paso seguro para, aprovechando el sentimiento legalista del campesino, inducirlo a aceptar y defender la legalidad explícita, lo que, en otras palabras, quiere decir, transformarla en legalidad implícita.

Y así se despierta entre ellos mismos el sentimiento de unidad. Porque desde que alguien, campesino o no, se

apodera de la convicción profunda de que dispone de un derecho y descubre a través de sí mismo que los demás, en idénticas condiciones, también son dueños y señores de ese derecho, de esa legalidad implícita, a partir de ahí nace y se consolida la unión entre todos.

Religión y conciencia política

Otro recurso que concederamos válido para trabajar y transformar la conciencia del campesino es el texto religioso. Como sabemos, no existe pueblo que no sea místico y religioso. En cualquier sociedad el misticismo y la religiosidad se acentúan y se extreman entre los campesinos más que entre los obreros y otras clases y estratos sociales. No vemos necesidad de extendernos en consideraciones sobre este tema. Basta referir que la biblia, ya que a ella nos atenderemos, nace como si fuera de las entrañas de la tierra no obstante la preocupación de sus autores en considerarla de inspiración divina.

El viejo testamento con sus grandes profetas, reyes, jueces, poetas y guerreros está tan impregnado por la tierra, la semilla, la cosecha, los animales, el arado, las plagas, los astros, el clima y los fenómenos meteorológicos que si elimináramos de cada capítulo los versículos correspondientes, ese gran libro se reduciría a menos de la mitad. Durante siglos, la Iglesia Católica impuso su predominio, sobre los pueblos del occidente, dictando y aplicando leyes en nombre de Dios, pero recurriendo al castigo, a la tortura, a la excomulgación, a la hoguera y a la guerra civil.

El campesino no solamente asimiló las lecciones de la iglesia, sino que tomó a Cristo como su máximo protector. Muchas veces su religiosidad se extrema en fanatismo y explota con una violencia inaudita (Canudos, la cristiada, etc.). Basta una chispa para prender fuego a esa conciencia apasible y resignada.

Nuestra vivencia con el campesino nos indicó que la Biblia también funciona como un instrumento de traba-

jo. El concientizador no tiene derecho a ignorar esa realidad. En consecuencia, no debe de considerar la Biblia como un recurso inválido en su trabajo, si pretende alcanzar y establecer una relación más estrecha y armoniosa con el campesino. EL problema está en saber separar el trigo de la paja. La Biblia, en este sentido, es tan rica en enseñanzas que la simple lectura de su texto, hecha con inteligencia crítica, propicia al educador un abundante acervo de preceptos que lo ayudará en su labor de transformar la conciencia ingenua del campesino sin la necesidad de inculcarle ningún elemento de incredulidad. Respetar la religiosidad del campesino, buscar extraer de esa religiosidad la substancia positiva para fortalecer su existencia real, es prueba de sabiduría. Sin falsa modestia, así procedimos en la región donde nos tocó la suerte de trabajar como abogado, organizador y concientizador de los campesinos.

Siempre que un obispo o un cura reaccionario, comensal del terrateniente y defensor de la desigualdad como un precepto divino, nos desafiaba a una polémica, conociendo nosotros que el obispo o el cura llevaba la gran ventaja de poder influir sobre una masa campesina atrazada, fanatizada, temerosa de dios, y por lo tanto, fácil de ser manipulada, nunca caímos en la tentación de aceptarla. Pero tampoco permitimos que el campesino dudara de nuestra conducta. Sin poner nunca en tela de juicio su religiosidad tratábamos de esclarecer su conciencia, orientarla y ganarla. Un ejemplo, entre otros, extraído de la "Cartilla del Campesino" que divulgamos en 1960: "Si un cura o un pastor te habla en nombre de un dios que amenaza al pueblo con peste, guerra y hambre, rayos y centellas y aún con el fuego del infierno, sabe que ese cura o ese pastor son títeres del latifundio. No es un ministro de dios. Ese cura es falso. Ese pastor no sirve. El padre verdadero o el pastor bueno es aquel que se levanta para decir: "Dios hizo la tierra para todos pero los más acaudales se apoderaron de ella. Ganarás el pan con el sudor de tu frente y no con el sudor

de la frente ajena. Nadie debe ser esclavo de nadie. Ni un pueblo de otro pueblo. Ni un hombre de otro hombre. Porque todos son iguales ante la ley. Y ante la naturaleza. Y ante dios".

La poesía popular y la conciencia crítica

Otro recurso que también usamos con frecuencia para concientizar al campesino fue la poesía popular en sus diversas manifestaciones. Nada existe de origen en esa idea puesto que en todos los tiempos la poesía popular siempre se alimentó de esa fuente inagotable de inspiración: el campesino. Del campo salieron los motivos y temas para el ejercicio de las más variadas formas de expresión del arte: la música, la poesía, el canto, la danza, el teatro, la novela. Desde que el hombre se irguió sobre la tierra y miro a su alrededor, la poesía caminó con él como la compañera ideal de sus sueños y ansiedades. El tema es por demás extenso y apasionante para que lo tratemos aquí. Excedería, los límites de este trabajo.

Desde nuestra infancia vida totalmente en el campo, comenzamos a observar y, más que eso, a sentir y a disfrutar la poesía que emanaba de los propios campesinos: sencilla, directa y envuelta en símbolos de fácil interpretación.

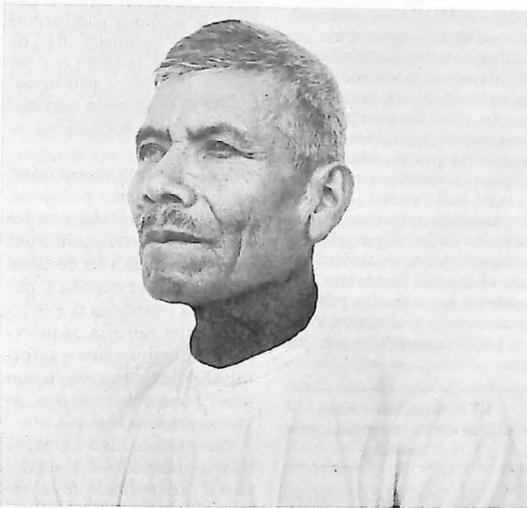
Cuando muchos años después, ya con la responsabilidad de defender a los campesinos, buscamos instrumentos para vencer la natural desconfianza que separaba a éstos del abogado y concientizador, percibimos que entre esos instrumentos se destacaba la poesía con todo su poder mágico y comunicativo.

De ahí nació la idea de usar el folleto popular, tosco, mal impreso, cuyo contenido, por su carácter ideológico, atraía y fascinaba a los campesinos en las ferias donde se aglomeraban para escuchar a los recitadores, conocidos en Brasil como "Literatura del Cordel". Junto al poeta popular que siempre elegía como temas la lucha del débil contra el fuerte, del pobre contra el rico, surgía el "Cantador", trovador o improvisador, modulando monótonamente una

guitarra y creando con asombrosa facilidad y rapidez una cascada de versos rimados. Cuando un "Cantador" desafiaba a otro para una contienda, ésta podía durar horas y hasta días. Hay contiendas que se transforman en acontecimiento regional, siendo transmitidas de boca en boca y de generación en generación.

Observando la admiración que esos bardos despertaban entre los campesinos, en su

trabajo, en la medida en que el cantor popular transforma su poesía en arma de lucha, sin quitarle la belleza y el encanto que debe conservar para no perder la autenticidad. Lo importante es que esa poesía emane del sentimiento popular y permanezca como su expresión legítima. No hay que orientarla. Hay que observarla y encauzarla de tal suerte que ayude al concientizador a identificarse mejor con el mundo del campesino y



mayoría iletrados, analfabetos, tratamos de ganarlos para el trabajo lento y penoso de concientización de la inmensa masa de desposeídos de la tierra. Los resultados fueron admirables. Quien se dé al trabajo de investigar el papel que la poesía popular desempeña en ese sentido, obtendrá material suficiente para muchos tomos, sobre todo si se decide a recorrer nuestro vasto continente con miles de bardos desplazándose sin cesar por todas partes para ofrecer su canto rudo e incomparable. Ahí está el corrido mexicano, sobre todo el que nació en las entrañas de la revolución de 1910 consagrando a Zapata, a Villa y otros héroes y mártires de aquella gesta.

El campesino no sólo se divierte escuchando a sus poetas y "Cantores". También aprende. Se educa. Y se venga del estado de injusticia en que se encuentra, sin tierra y sin

penetrar más profundamente en su conciencia.

Fue así como procedimos en el Nordeste brasileño.

El campesino a través de la historia

El hombre, por más distanciado que se encuentre de la tierra, siempre trae escondido a un campesino dentro de sí. Por eso ya lo afirmamos en otra oportunidad, basta un árbol solitario entre bosques de cemento armado para despertarle el más vivo recuerdo de la gleba que quedó atrás, perdida en la penumbra del tiempo. Tolstoi afirmaba que bajo la piel de todo ruso existe un campesino. Freud podría haber dicho que en el subconciente de todo hombre habita un campesino.

No obstante ese parentesco tan íntimo, el campesino nunca recibió del hombre de la ciudad el trato que merece. Despojado de la tierra, su ra-

zón de ser, a merced de su propia suerte, acaba siempre ocupando el lugar de una bestia de carga. Llegó el momento en que la bestia ya no soporta la carga y la sacude. Las guerras campesinas en Alemania, entre los siglos XV y XVI, objeto de uno de los estudios de F. Engels, son unas de las tantas revueltas cuyos orígenes descansan invariablemente en la división de la sociedad con base en la propiedad privada de la tierra. División que hizo del campesino la eterna bestia de carga.

Los campesinos, cansados de esperar por la justicia, no obstante el respeto a la legalidad que le es impuesta, terminan rebelándose, siempre encabezados por un caudillo que nace de sus propias entrañas. Pero es curioso observar que esas rebeliones se apoyan invariablemente en la propia legalidad rota por el sistema que la engendra.

Demos algunos ejemplos. Cuando Lutero tradujo la Biblia del latín al alemán, el impacto producido por este hecho entre los campesinos de Europa central fue violento. Escudados en la propia Biblia que durante siglos les sirvió de opio, los campesinos se levantaron para quemar castillos, invadir templos, saquear ciudades, hasta que fueron sometidos por los ejércitos de los barones feudales y príncipes de la Iglesia fieles al Papa. Es que los campesinos descubrieron que, muy por el contrario de lo que recomendaba el Cristo en su pobreza, aquellos que hablaban y procedían en su nombre, vivían lujosamente en palacios, bien servidos por pajes, cortesanos y esclavos defendiendo sus propios privilegios y el de los señores feudales que acaparaban todas las tierras y extraían de los campesinos hasta la última gota de sudor y de dignidad.

En América Latina no existe, desde la colonia hasta nuestros días, noticia de un solo levantamiento campesino que no se haya apoyado en la legalidad del sistema imperante. Bastaría nombrar como ejemplos edificantes, las rebeliones conducidas por Tupac Amaru, en Perú, y por Emiliano Zapata, en México,

ambos reivindicando, con los títulos de las comunidades indígenas en las manos, el derecho de poseer tranquilamente las tierras que los colonizadores y hacendados les habían quitado arbitraria y violentamente.

Como el propósito de este trabajo no es resumir la historia de las luchas campesinas, sino ofrecer al concientizador algunos de los recursos que llevamos a la práctica para cambiar las conciencias de las masas campesinas del Nordeste brasileño, recursos que consideramos válidos mientras exista en el continente un campesino analfabeto, sin tierra y sin trabajo, pasaremos a considerar el papel que el campesino puede desempeñar en el proceso de transformación radical de nuestra sociedad.

El papel del campesino en la revolución mexicana y en la revolución cubana

Dos acontecimientos históricos de extraordinaria repercusión contribuyeron, en forma decisiva, para estremecer los cimientos de la vieja sociedad semifeudal que nos legó el colonialismo hispano-portugués.

El primero de ellos fue la Revolución agrario-popular de 1910 ocurrida en México y que entre otras cosas produjo una Constitución, la de 1917, sumamente avanzada para la época. El segundo fue la revolución Cubana comandada por Fidel Castro desde Sierra Maestra y finalmente institucionalizada por la Constitución que se acaba de promulgar.

No obstante distanciadas por nada menos que medio siglo, esas dos revoluciones están unidas por un eje central: el campesinado. Sin la rebelión de Zapata, en Morelos, con su ejército de 50 mil campesinos fraccionados en grupos guerrilleros bajo el comando de generales analfabetos, astutos y conocedores del terreno en que pisaban, podemos asegurar que la Constitución de 1917 habría sido despojada del contenido ideológico y de los dispositivos prácticos que condenaron a muerte el latifundio porfirista.

Tenemos buena dosis de

razón para afirmar, por lo que oímos del propio Fidel Castro, pocos meses después de su victoria contra la tiranía de Fulgencio Batista, que sin la participación de los campesinos de la Sierra Maestra que formaron el grueso de sus tropas y con los cuales aprendió a practicar mejor el sistema de guerrillas, ni la Revolución Cubana tendría como tuvo, en su fase decisiva, un sentido predominantemente agrario, ni se expandiría como se expandió por toda la Isla densamente habitada por campesinos sin tierra y sin trabajo.

Por haberse radicalizado rápidamente y tomado el camino hacia el socialismo la segunda, esas dos revoluciones suscitaron, no solamente la suspicacia y la reacción de las oligarquías nacionales donde el latifundio permanece profundamente enquistado, sino también de las oligarquías supranacionales constituídas por el capital financiero que controla las materias primas, la economía y el mercado de los países atrasados y sometidos.

El campesino como víctima de las revoluciones fracasadas

Dentro del espacio histórico comprendido entre la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana, América Latina fue sacudida por rebeliones, movimientos revolucionarios y golpes de Estado que originándose en los centros más populosos y decisivos, se extendían con frecuencia por el interior para acabar cobrando la cuota de sangre más pesada a los campesinos subyugados por los grandes terratenientes.

Algunos de esos acontecimientos culminaron en espantosas masacres de campesinos, destacándose por su brutalidad, concentración y volumen los del El Salvador con nada menos que 30 mil víctimas y los de Colombia, al verificarse el sacrificio del gran líder popular Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

Otras veces nubo, como consecuencia de la victoria del movimiento progresista, conducidos por civiles y militares enpenados en concretizar la justicia social, la pre-

ocupación de entregar la tierra a los campesinos, según lo evidencia la llegada de Jacobo Arbenz al poder, en Guatemala (1951) o la de Paz Estensoro en Bolivia, al año siguiente.

Sería imperdonable omitir la acción verdaderamente épica de Augusto César Sandino que con su ejército de campesinos harapientos no solamente derrotó, por primera vez en tierras de nuestra América, al poder imperial de Estados Unidos, sino que confirmó la tesis de la invencibilidad de un pueblo, si la causa que defiende involucra profundamente la conciencia nacional y despierta la solidaridad internacional.

Vale la pena mencionar, aunque en forma pasajera, esos sucesos notables en los cuales la contribución del campesino llegó a ser decisiva, sin omitir, por supuesto, que la resaca producida por la interrupción violenta de procesos revolucionarios o reformistas siempre recayó con más fuerza sobre los que tuvieron acceso a la tierra.

Esa uniformidad represiva hace aumentar la desconfianza del campesinado cuya memoria histórica debe ser estimada. Aquí reside una de las razones, quizás la principal, que necesita ser pesada con cuidado toda vez que se analiza el fracaso de los movimientos guerrilleros que, a partir de la victoria de la Revolución Cubana, se multiplicaron en diversos países de nuestro Continente. El foco guerrillero llegó a transformarse en un círculo vicioso, que se fue estrechando cada vez más, porque no disponía de espacio social suficiente para vivir y expandirse. Es que el fusil que podría haber contribuido para liberar al campesino latinoamericano del hambre y de la miseria no estaba en su conciencia. Allí habitaba la desconfianza, la ignorancia, el miedo. Eso explica, las delaciones de focos guerrilleros existentes entre los campesinos, como cuerpos extraños, sorprendentes, en su mundo silencioso y poblado de fantasmáticas.

El papel del campesino en el proceso de transformación radical de la sociedad latinoamericana

Las consideraciones que acabamos de hacer no eliminan en absoluto el papel que el campesino puede desempeñar en el proceso de transformación radical de la sociedad en América Latina. Nuestro propósito es advertir que la falta de un conocimiento más exacto y concreto de su realidad explica la razón de tantos fracasos en la conducción de dicho proceso.

Si el campesino no fuera objeto permanente de la pre-ocupación del sistema que lo mantiene subyugado, dividido y alienado, éste no levantaría tantos muros para contenerlo dentro de los espacios sin límites que forman el conjunto de las tierras dominadas por unos cuantos. Derribar esos muros significa, como nuestra propia experiencia lo demuestra, poner en acción una serie de mecanismos sobre los cuales ya hablamos anteriormente. Para contrarrestar la acción del reformador social el sistema también se proclama reformador. Y también revolucionario. Lo que sucede es que para el sistema la reforma o la revolución consiste en usar los medios para detener a la primera y sofocar a la segunda. La reforma puede conducir a la revolución. Depende de quien lo haga.

Ya han transcurrido muchas décadas desde que la cuestión social trajo a nuestro Continente ese factor que durante siglos figuró como una utopía para los conservadores y un bello tema de retórica para los liberales. La gran revolución de octubre de 1917 líquida con esa utopía de los conservadores y comienza a silenciar la retórica de los liberales. Es a partir de entonces que el verdadero debate sobre la tierra toma cuerpo. Los campesinos se dividen. Las conciencias se radicalizan. El proceso histórico avanza en forma más acelerada. Ya no se trata solamente de entregar al campesino un pedazo de tierra en donde las tensiones comienzan a multiplicar los brotes de violencia,

sino de reformular la política agraria para impedir que todo el edificio social pueda caer. Es necesario reforzar el principio cardinal que rige a la sociedad de clases, o sea, la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción. Modernizar la agricultura para poder implantar más industrias y acelerar el flujo del capital monopolista de los países centrales hacia los periféricos para ser devuelto a la metrópolis multiplicado por x veces, son metas claras y bien definidas por la estrategia imperialista.

La Alianza para el Progreso, concebida por John F. Kennedy, tuvo ese propósito: atacar el punto más vulnerable del sistema dominante, específicamente el latifundio tradicional e improductivo, para evitar el inicio de revoluciones agrarias como las, victoriosas en China, Cuba y Argelia, es decir, en los tres Continentes donde los intereses creados por el imperialismo en expansión comienzan a sentir los riesgos que no habían sido bien calculados.

La Alianza para el Progreso estaba visceralmente atada al desarrollismo capitalista como la concepción político-económica que motivó la euforia de la burguesía industrial mientras provocara una tenaz resistencia de parte de la oligarquía terrateniente. Su fracaso adviene de ese desencuentro que retardo su ejecución, produjo todo tipo de desviaciones y estimuló la corrupción de los políticos ávidos de poder. El torrente de dolares que debería de ser para romper la estructura del latifundio anticapitalista acabó concentrándose en las metrópolis y sirviendo a los programas de los partidos liberales y populistas empeñados en la lucha por el mando gubernamental. El campesino no recibió ni un centavo de la Alianza.

En los países como Brasil, donde el latifundio permanecía intocable, el temor de que la Alianza pudiese afectarlo, condujo a los terratenientes al extremo de considerar esa estrategia Kennedista como una manera de favorecer la penetración de ideas exóticas en América Latina. Kennedy llegó a ser considerado por los latifundistas como un aliado

del comunismo. Su muerte trágica y el ascenso al poder de Lyndon B. Johnson, texano, ranchero y poseedor de grandes extensiones de tierra, dentro y fuera de los Estados Unidos, fue un verdadero aliento a las oligarquías criollas. La Alianza murió con su creador.

Estábamos viviendo el pleuro ascenso del foquismo guerrillero que, a su vez, contribuyó para cambiar la estrategia de lucha por el poder entre partidos populistas con sus reformas tibias y los conservadores con sus antireformas. Vencieron estos últimos vigorosamente apoyados por los militares de la misma estirpe convencidos de que la reforma conduciría a la revolución y esta al socialismo. Ingresamos entonces a la era de los golpes militares que tantos sacrificios han costado a los pueblos del Continente. Solamente ahora surgen los primeros síntomas evidentes de decadencia de esa etapa histórica. La estrategia de la seguridad nacional, que sirvió de excelente pretexto para acelerar la entrega de las materias primas básicas al capital extranjero y monopolista, trajo consigo el colapso económico de los países saqueados y contribuyó aún más para comprometer y debilitar su soberanía nacional. Mas he aquí que aparece en el horizonte la política de los derechos humanos. El Presidente Carter pretende ser su campeón...

EL campesino latinoamericano duramente golpeado en sus más legítimas aspiraciones asiste a todo ese embate entre los reformistas y contrareformistas, con las manos atadas. Su revuelta sorda, su legalismo inútil, sus movimientos anárquicos, sus explosiones sofocadas a hierro y fuego no hacen más que acelerar su éxodo hacia la ciudad. Es un fenómeno derivado de la penetración forzada, violenta, brutal, del capitalismo en el campo. Ese capitalismo salvaje que tiene como única meta apoderarse de las mejores tierras, concentrarlas en sus manos, explotarlas intensivamente, no se detiene ante nada.

El campesino, no obstante, resiste. Esa resistencia pre-ocupa a los partidos políticos

reformistas y revolucionarios y a los gobiernos menos insensibles a la suerte de esas inmensas masas que se mueven de un lado para otro en busca de tierra y de trabajo.

Aún en aquellos países ya urbanizados donde el campesino representa el 20% o menos de la población total, como son los casos de Argentina, Chile y Uruguay, todos los programas defendidos por los partidos políticos más avanzados insisten en dar énfasis a la necesidad de realización inmediata de una reforma agraria radical. Ahora, si así acontece en esos países cuyos partidos políticos podrían concentrar toda su acción en la reforma urbana antes que en la agraria, mucho mayor razón tenemos para defender la ejecución de esa última en los países en donde el campesino constituye todavía la parte predominante de su población.

¿Cómo lograr esta reforma radical, o sea, cómo liquidar con el latifundio y su otro extremo, el minifundio, sin trabajar intensivamente la conciencia del campesinado de modo que de su propia voluntad organizada parta la decisión? Esta es la cuestión que formulamos en primer lugar y directamente al educador que asume la tarea de transformar la conciencia ingenua del campesino en conciencia crítica.

ca. Sin este trabajo de preparación y fecundación de un terreno que no se entrega fácilmente, la semilla de las ideas es de difícil germinación.

Para nosotros, una de las cuestiones, o la principal, en América Latina, a fin de que logremos gobiernos verdaderamente democráticos, económicamente estables y soberanamente fuertes, consiste en incorporar el campesinado, como un todo, al proceso histórico-político de emancipación de la sociedad. Sin la participación activa del campesinado dentro de ese proceso, la democracia caminará apoyada en una muleta. Bastaría un simple empujón para derribarla.

Insistimos: el papel del campesino en la transformación radical de la sociedad latinoamericana es de tal naturaleza decisiva que su omisión o su ausencia compromete definitivamente la acción de cualquier partido o alianza de partidos que hayan conquistado el poder, sea a través del sufragio universal o de la revolución popular.

América Latina no será un Continente libre mientras exista a su largo y a su ancho un campesino sin tierra y sin libertad.

Cuernavaca, enero de 1979.
Francisco Julián

